

Redentor amantísimo, que por salvarnos vertió su preciosa sangre en el árbol de la Cruz. Si así lo haceis os hareis acreedores á que Jesucristo ratificando la sentencia dada por su ministro en vuestro favor, os conceda en premio de vuestra fé y confianza la posesion de su gloria. *Amen.*

SERMON

PARA LA SEGUNDA DOMINICA DE CUARESMA.

Se manifiesta la hermosura de la gloria, y qué es lo que debe practicar el cristiano para conseguir su posesion.

Assumpsit Jesus Petrum, et Jacobum, et Joannem fratrem ejus, et duxit illos in montem excelsum se orsum: et transfiguratus est ante eos. Et resplenduit faciem ejus sicut sol: vestimenta autem ejus facta sunt alba sicut nix.

Tomó Jesus consigo á Pedro y á Santiago y á su hermano Juan, y los llevó aparte á un alto monte, y se trasfiguró en su presencia. Su rostro se puso brillante como el sol, y sus vestiduras blancas como la nieve.

Math. cap. XVII, v. 1 y 2.

Jesucristo que habia escogido á sus apóstoles para que fuesen testigos oculares de su predicacion y sus milagros, y despues para que continuaran la obra de la regeneracion del mundo y llevasen la luz del Evangelio por todos los ángulos de la tierra, enseñando á los hombres el camino del cielo, eligió á los primeros entre ellos para presentarles como un tránsito

de la celestial Jerusalem, para que pudiesen penetrarse que nada son todos los trabajos y aflicciones del mundo, si por ellos hase de conseguir la posesion de la gloria. Oid la narracion del Evangelista: «En aquellos tiempos tomó Jesus consigo á Pedro, Santiago y su hermano Juan, y los llevó aparte á un alto monte, y se transfiguró en su presencia. Su rostro se puso brillante como el sol, y sus vestiduras blancas como la nieve. Y hé aquí que se aparecieron Moisés y Elias hablando con él. Y tomando Pedro la palabra dijo á Jesus: Señor, bueno es que permanezcamos aquí: si quieres hagamos aquí tres tiendas, una para tí, otra para Moisés y otra para Elias. Hablando estaba aun cuando vino una nube luminosa que los cubrió. Y hé aquí que salió una voz de la nube diciendo: Este es mi hijo amado en quien yo me he complacido: oidle. Cuando lo oyeron los discípulos cayeron sobre sus rostros y temieron. Mas acercándose á ellos Jesus, les tocó y les dijo: levantaos y no temais, y alzando ellos sus ojos no vieron mas que á Jesus. Al bajar del monte les dijo el Señor: No digais á nadie la vision, hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.»

Tal es, amados oyentes, el Evangelio de este dia; como habeis visto, los tres apóstoles vieron en el monte un trasunto de la gloria: al presenciar la transfiguracion llénanse de gozo, sus corazones laten de placer, y maravillados de lo que ven, desean para siempre permanecer en aquel lugar. Pedro sin poder contener el santo placer en que rebosa su corazon, levanta su voz y esclama: ¡Oh, señor, cuán bueno seria permanecer aquí para siempre. *Domine bonum est nos hic esse.* Y á la verdad, cristianos, ¿qué felicidad mayor puede apetecer el hombre que vivir viendo el res-

plandeciente rostro de su Dios? Pero aquellos apóstoles no penetraban los designios del Señor. Allí no vieron, si así puedo esplicarme, mas que un principio de lo delicioso que es el cielo. La voz del Eterno Padre resuena en los oidos de los apóstoles, *ipsum audite.*

Señores: aquellos fieles discípulos del Salvador habian de sufrir persecuciones por la gloria de su Maestro y en defensa de su doctrina celestial, y por último habian de sellar la religion con su sangre. Jesucristo por lo tanto quiere que ellos tengan algun conocimiento de su gloria, para que penetrados de su hermosura y de los goces eternos que allí se disfrutan, no teman el pelear, el sufrir las calumnias y las persecuciones, y hasta la misma muerte, á vista de la recompensa que está preparada á los que legítimamente pelearen y perseveraren hasta el fin. Cuando ellos estan mas admirados en la vision, entonces es cuando se deja oír la voz del Padre, que declara que aquel es su hijo amado en quien tiene sus complacencias, y manda á los apóstoles, y en ellos á todos los que habiamos de componer la militante Iglesia, que oigamos á Jesucristo, que le reverenciamos, que sigamos su celestial doctrina: *ipsum audite.*

En efecto, cristianos, la doctrina del mundo, esas doctrinas que enseñan á los hombres que no están ligados por deber alguno; esa doctrina protestante que enseña al hombre á guiarse por su razon hasta para la comprension de las sagradas Escrituras, no es ciertamente la que conduce al cielo. El Eterno Padre muestra su gloria y manda incontinentemente que su Hijo Jesus sea escuchado y obedecido. Prueba evidente de que solo la doctrina de Jesucristo puede conducirnos á la posesion de la gloria. Esto supuesto

y deseando yo que la exhortacion cristiana que os voy á dirigir os anime á abandonar todo aquello que de nada os sirva para conduciros á la celestial Jerusalem, voy á demostraros en cuanto lo permita mi limitado entendimiento, la hermosura de la gloria. Esto ocupará vuestras atenciones durante la primera parte del discurso, destinando la segunda á hacer os comprender lo que debeis practicar para adquirir su posesion. Tales son mis ideas, para cuya esplanacion me son preciosos los auxilios de la divina gracia, que no dudo me concederá el Señor, toda vez que se lo supliquemos por la poderosa intercesion de la Santísima Virgen María, Madre de Dios y Madre tambien y Señora nuestra, á la cual saludaremos reverentes con las palabras de ángel. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

Ciertamente, señores, que cuando propuse hablaros de la hermosura de la gloria, no comprendí en el momento toda la dificultad de explicar con acierto las maravillas y grandezas de esa morada de Dios, que aun no hemos tenido la incomparable felicidad de ver, y que confiados en la grandísima bondad y misericordia de Dios nuestro Señor, esperamos disfrutar. La gloria, como se explica el angélico doctor Santo Tomás, es un bien sumo y perfecto, que llena y cumple todos nuestros deseos. San Pablo, apóstol de Cristo, tuvo la dicha de ser arrebatado hasta el tercer cielo, y no nos dice otra cosa sino que vió y oyó palabras secretas que al hombre no le es lícito hablar: *et audivi*

arcana verba, quæ non licet homini loqui (1). Si esto decia un San Pablo, hablando de su vision, ¿qué podremos decir las miserables criaturas de la habitacion ó palacio del Sol divino de justicia, cuando no hemos salido de las tinieblas y opacas sombras del mundo? ¿Con que colores pintaremos el cielo? ¡Ah! que esto es empresa superior á mis escasas fuerzas.

¿A quién no admira la hermosura de la tierra? ¿Quién se ha parado á contemplar el hermoso espectáculo que presenta la naturaleza; quién no ha fijado sus ojos en esa hermosa y azulada bóveda que nos cubre, y los ha bajado despues para contemplar las obras de Dios en la tierra, que no se haya visto obligado á esclamar con el Profeta de los Salmos: *Cæli enarrant gloriam Dei, et opera manuum ejus annuntiat firmamentum* (2)? ¿A qué observador no admira y arrebatata la contemplacion de los mares con sus flujos y reflujos? ¿Quién no admira el poder y la sabiduría de Dios al contemplar el curso de los astros, su benéfico influjo sobre la tierra, y á esta multiplicar de un modo maravilloso los granos que el hombre arroja en ella? Y si tan hermoso es y tan perfecto este mundo formado por Dios para habitacion de las criaturas, cuál será la hermosura de la gloria, formada por el mismo Dios para palacio suyo? Claro es que si la ha ofrecido por recompensa á todos aquellos que fielmente le sirvan, nada ha de parecerse á ella el mundo que habitamos, no obstante su hermosura y perfeccion.

Recurramos, señores, al evangelista San Juan, que en su Apocalipsis nos hace la descripcion de la

(1) D. Paul. II ad Corinth. cap. XII, v. 4.

(2) Ps. XVIII, v. 2.

gloria, tal como la viera en su vision. «Y vino, dice
 »el Evangelista, uno de los siete ángeles y me dijo:
 »Ven acá y te mostraré la Esposa del Cordero. Y me
 »llevó en espíritu á un monte grande y alto, y me
 »mostró la ciudad santa de Jerusalem. En ella resplan-
 »decia la claridad de Dios, y su luz era semejante á
 »una piedra preciosa de jaspe á manera de cristal. Doce
 »puertas que estaban en los muros daban entrada á la
 »ciudad: cada una de estas puertas es guardada por
 »un ángel, los muros eran de jaspe, mas la ciudad de
 »puro oro y sus calles adornadas de jaspe, záfiro, cal-
 »cedonia, esmeraldas, topacios y otras piedras precio-
 »sas: en esta ciudad no habia templo, porque el Señor
 »Todopoderoso es su templo y su Cordero. No hay allí
 »sol ni luna, pues que todo está alumbrado por la bri-
 »llante claridad de Dios: no entrará allí ninguna cosa
 »manchada, ni ninguno que cometa abominacion ni
 »mentira, sino solamente los que están escritos en el
 »libro de la vida del Cordero: un rio de agua de vida
 »resplandeciente como cristal salia del trono de Dios y
 »del Cordero; allí jamás habrá maldicion, sino que los
 »tronos de Dios y del Cordero permanecerán allí para
 »siempre; y sus siervos los servirán y verán su rostro.
 »Allí no hay jamás noche, pues siempre está alum-
 »brada por la claridad de Dios (1).»

Tal es la descripcion que de la gloria, Jerusalem celestial é Iglesia triunfante, nos da el Evangelista, suficiente para hacernos adquirir unos grandes deseos de ser habitadores de esa santa morada, donde el hombre nada tiene que desear, donde únicamente se ve satisfecho. Aqui en la tierra nunca se satisface el

(1) Apoc. cap. XXI y XXII.

corazon del hombre: posee riquezas, y su misma posesion le hace desear mas; ocupa un puesto distinguido, y dirige su mirada con envidia al que ocupa otro de mas distincion, que llegado á obtener tampoco le deja satisfecho. Goza de los placeres que el mundo le ofrece, pero cansado de ellos busca otros nuevos, de los cuales llega á fastidiarse como de los primeros: se dedica á las ciencias; pero ve que otros le adelantan en conocimiento, y esto es un tormento para su corazon, y en medio de los placeres y goces mundanos la afliccion, las lágrimas, el dolor, la muerte de una persona amada viene á acibarar al hombre, que tiene contra sí, y conspirando contra su bienestar y su salud hasta los mismos elementos: el mar se traga sus mercancías; el aire que se convierte en huracan, derriba sus edificios; el fuego devorador reduce á cenizas en pocas horas toda la suerte de una dilatada familia; la tierra se muestra estéril, cuando mas confiaba el hombre en recoger abundantes frutos: todo, en fin, conspira contra el hombre. ¿Y habrá quien se llame dichoso en este valle de lágrimas? ¿Y habrá almas tan apegadas al mundo que no quisieran salir nunca de él? Pero acaso, mis hermanos, en medio de tantas aflicciones, á través de tantos sinsabores como experimenta el hombre, ¿no habrá en la tierra un lugar á donde podernos refugiar, y donde nos veamos libres de lágrimas y desgracias? No lo busqueis, hermanos míos, porque os cansareis sin fruto, si tratáis de dar con él en el mundo en que habitamos. Tanta felicidad, tanta suerte se disfruta tan solamente en la gloria, en esta Jerusalem santa donde no hay muerte, ni llanto, ni clamor, ni dolor. Ved aquí por que los justos suspiraron siempre por el cielo: ved

aquí por que los mártires desafiaban los mas crueles tormentos; ved aquí por que el padre San Agustín decia que no hallaba reposo hasta que lograra descansar en Dios. Ved aquí por que una Santa Teresa de Jesus deseaba con anhelo el unirse con su Dios; porque todos estaban convencidos que solo en la gloria hermoseada con la presencia del Excelso puede encontrar la criatura verdadera salud y verdadera paz.

¡Ah, mis hermanos! ¡Cuánto se mortificaron y martirizaron sus carnes, no solo varones robustos sino delicadas doncellas, por conseguir la gloria! ¡Qué austeras penitencias no practicaron con el mismo objeto los grandes pecadores que se convirtieron á Dios! ¡Vosotros hombres delicados que creyendo en el cielo nada haceis por ir á él, tended vuestra vista por esa multitud de monasterios donde tantas vírgenes inocentes, palomas sencillas se encerraron, por huir de un mundo corrompido que podia prenderlas en su lazo, y hacerles perder el cielo! Y estos ejemplos de abnegacion cristiana, ¿no nos moverán á nosotros para trabajar por conseguir el colmo de la felicidad?

Cuando yo tiendo mi vista por el cuadro que presenta nuestra sociedad, y veo la corrupcion de costumbres que se ha generalizado: cuando observo ese indiferentismo religioso que se va propagando con rapidez; cuando contemplo ese cinismo escandaloso y esa licencia con que se ultraja lo mas santo que hay en la tierra: cuando, en suma, veo á hombres que se precian de católicos, vivir como los gentiles, confieso que creo han renunciado todos á la posesion de la gloria. ¡Qué encantador y embustero es el mundo! Hombres hay, dice el padre san Agustín, que preferirian vivir eternamente en el mundo con tal de

poseer riquezas, aunque fuera admitiendo la condicion de no ver jamás á Dios, ni entrar en su gloria.

¡Oh Jerusalem divina! ¡Oh patria hermosa de los bienaventurados! ¡Cuándo será el dia feliz para mí, en que saliendo de este mundo entre por tus puertas para ver cara á cara al Hacedor supremo, y disfrutar de los gozos de los bienaventurados, cantando en su compañía himnos de alabanza y bendicion á nuestro Dios! ¡Qué felicidad!.. Allí, mis amados hermanos, veremos los secretos del mismo Dios, ahora ocultos para nosotros: penetraremos aquellos profundísimos arcanos de los misterios que ahora nos son incomprensibles, y los comprenderemos en premio de la fé, con que en la militante Iglesia hemos dado entero homenaje de creencia á las verdades reveladas: entonces veremos qué miserable es la sabiduría mundana que hincha á los que la poseen, y qué vanos los honores de la tierra, que llenan de soberbia á aquellos que los disfrutan. ¡Ah! ¡plegue á Dios darnos sus divinos auxilios, á fin de que llegue para nosotros un dia tan sobremanera feliz!

Y que, cristianos, ¿podreis mirar con indiferencia esa gloria á que el señor os llama? Comparad todas las grandezas y felicidades de la tierra, con la grandeza y felicidad del cielo, y vereis que esto no es ni una sombra. Allí, en la mansion de la paz, ve el bienaventurado el rostro de su Dios; vé la esencia divina tal como es en sí misma: ve los divinos atributos resplandecer en la misma esencia: ve al Verbo de Dios, no ultrajado ni vilipendiado, no insultado por sacrílegas turbas, no agonizante bajo el peso enorme de la cruz, ni muerto entre dos ladrones; ni tam-